

IZQUIERDA, NACIÓN Y UTOPIA EN EL BICENTENARIO

Jan Gustafsson

El muy discutido y propagado giro a la izquierda de la política latinoamericana actual representa algo más que un simple cambio en las preferencias electorales de las mayorías en la región. Dejando aparte la importante problemática de diferenciar entre varias corrientes dentro de esta izquierda –e, incluso, la posibilidad o relevancia de deconstruir (aunque no rechazar) el concepto mismo de izquierda– creo ver en este proceso la revitalización de dos fenómenos fundamentales de la política latinoamericana desde el momento (y hasta antes) de la independencia, a saber, la nación y la utopía (Gustafsson 2008). Obviamente, estos elementos no constituyen una particularidad latinoamericana, pero sí tienen una historia particular como objetos políticos en la región, sobre todo en relación con el tema de lo popular (Cancino 2008). Tras un par de décadas caracterizadas por la hegemonía política del discurso neoliberal y el llamado consenso de Washington con su insistencia en el mercado global y en la desmantelación del estado, el giro a la izquierda implica una reacción contra este discurso y sus prácticas. Al mismo tiempo, el nuevo paradigma político implica algo más, que es la recuperación de la nación y el estado como recursos y objetos fundamentales de la política, incluyendo la económica. Al mismo tiempo, la izquierda actual, sobre todo en sus propuestas más radicales, ha vuelto a poner la utopía como tema principal de la agenda política. Esta articulación de nación y utopía como dos ejes fundamentales de la política puede considerarse una característica principal del llamado giro a la izquierda (Gustafsson 2008).

La coincidencia de este momento político con la celebración del bicentenario del proceso de la independencia latinoamericana llama a una reflexión sobre el papel de la utopía política en América Latina. Por razones de espacio, tal reflexión quedará limitada en su alcance y profundidad. En este caso, los temas principales serán los siguientes: la presentación de unas propuestas teóricas en torno a la utopía, un breve repaso sobre elementos de una genealogía del discurso utópico en y a partir

de América (Latina), una discusión de algunas manifestaciones de la utopía política en el siglo XX y un breve análisis de algunas dimensiones principales del discurso utópico actual a partir de los casos de Bolivia y Venezuela. A continuación, se discuten algunos elementos del discurso utópico o nacional-revolucionario de Cuba, país que puede considerarse un caso paradigmático de la utopía latinoamericana. A partir de esta discusión, se vuelve finalmente a la utopía política contemporánea y los casos de Bolivia y Venezuela. El objetivo principal de este artículo es, entonces, analizar y discutir algunas problemáticas inherentes al discurso político utópico, tal como se manifiestan en los tres casos mencionados (Cuba, Venezuela y Bolivia) a base de unos elementos de la teoría del discurso según Laclau y Mouffe (1985; Laclau 2005) junto con unos presupuestos sobre el discurso político utópico que se presentarán aparte. Sin embargo, parece pertinente tocar brevemente el tema general de la utopía en Latinoamérica según ha evolucionado desde principios del siglo XVI, ya que esta tradición discursiva tiene relevancia para la comprensión del tema de la utopía política contemporánea.

La presencia de estos elementos se justifica por una serie de razones que aquí esbozaré muy brevemente, esperando a la vez que la exposición posterior de los mismos explique la razón de su presencia y articulación: la hipótesis básica de la reflexión teórica en torno al discurso utópico es que este puede estudiarse como una dimensión particular del discurso identitario o comunitario y político. A diferencia de la identidad narrativa, que mira hacia el pasado para definir el presente, el discurso utópico mira hacia el futuro (desde el presente), intentando definir no solamente un ser, sino un deber y querer ser comunitario. Con respecto al discurso utópico en torno a América Latina, se discutirá la tesis de que hay una relación particular entre el surgimiento del discurso utópico moderno y la *invención* de América y, que sigue habiendo una relación especial entre América (sobre todo la América Latina) y el discurso utópico, por lo que resulta de interés mencionar algunos momentos cruciales de la utopía latinoamericana del siglo XX. La relevancia de discutir el problema de la utopía en conexión con el momento político actual ya ha sido insinuada: el pensamiento y discurso utópicos han vuelto a ocupar un sitio central en los conflictos políticos actuales, sobre todo en naciones como Bolivia, Venezuela y Ecuador. Finalmente, cabe

discutir un poco más detalladamente el caso de Cuba, pese a la tendencia de muchos estudiosos u observadores de descartar el caso como un régimen obsoleto y resto de la guerra fría, o como una simple dictadura. Hay varias razones por las que resulta relevante el caso de Cuba en el contexto actual, entre las que caben mencionar: primero, el hecho de que cualquier análisis, incluso superficial, habrá de salirse de los tópicos del ‘régimen comunista’ o ‘resto de la guerra fría’ para explicar la supervivencia y longevidad de dicho régimen. Segundo, el régimen cubano, que por cierto goza ya de reconocimiento diplomático y político general en la región, se encuentra en un proceso de cambio que resultará particularmente interesante en el contexto actual del giro a la izquierda. Y, tercero, como caso paradigmático en su combinación del discurso nacional(ista) y utópico, su análisis cobra renovado interés en el este momento político.

Utopía, narrativa e identidad en el discurso político

Afirmar el papel fundamental de las estructuras y contenidos narrativos en la construcción identitaria es hecho ya común dentro de varias tradiciones de las ciencias sociales y humanas. Por su carácter y función, los esquemas narrativos y relatos comunitarios construyen un pasado que a su vez define el presente (Gustafsson 2008; Wodak 1999; Ricoeur 1994). Tiempo (el pasado), espacio (el territorio patrio o comunitario) y actores/narrador (el ‘nosotros’ comunitario) confluyen en la identificación de una entidad nacional o de otro tipo. Sin embargo, esta constelación no da cuenta de los mecanismos de enunciación del discurso para su actuación sobre el presente y el futuro. El discurso político e identitario no solamente necesita afirmar un pasado para definir el presente, sino que ha de escenificar el mismo presente como hecho dramático que ocurre ‘aquí’ y ‘ahora’. Se sugiere, pues, la hipótesis de que al igual que el género narrativo juega un papel particular para la construcción de un pasado comunitario, el *drama* sería el género que mejor ayude a comprender una serie de elementos que condicionan el discurso como hecho contemporáneo. La interpelación (Althusser 1969; Žizek 1992), a su vez, es ejemplo de un mecanismo que actúa dramáticamente, diciéndole al individuo: ‘esto eres tú – tú perteneces a esta nación, a este discurso’. La relación entre el

concepto de interpelación, el presente y el género dramático implica una discusión mucho más compleja que no cabrá en este contexto, pero sí nos interesa discutir el problema de la dimensión temporal del futuro en relación con los discursos políticos e identitarios. En el discurso político tanto como en el identitario –por lo general bastante ligados entre sí– no solo se trata de dar cuenta del pasado y escenificar el presente, sino además de proyectarse hacia el futuro. Una comunidad –nacional, étnico o de otro tipo– no solamente define su *ser*, aunque resulta esencial, sino también su *querer ser*, que por fuerza será una proyección hacia el porvenir.

El discurso político necesita asimismo, por su mero carácter, proyectarse hacia el futuro. Hasta el más cauteloso o conservador programa político ha de definir un futuro para la sociedad en que actúa, pero cuanto más radical la propuesta política (o sea, cuanto más se diferencia del discurso hegemónico del presente), más debe su discurso recurrir a elementos de imaginación, o sea ficción, para constituir una alternativa atractiva. En este sentido, la proyección hacia el futuro del discurso político corresponde –o puede, al menos corresponder– a algo más que a la simple lógica de los mecanismos electorales y otros, pues se trataría de que lo político, cuando implica una propuesta de cambio radical, se constituye en un discurso que imagina el futuro. Este tipo de discurso sería, justamente, el discurso utópico. Como tal no se pretende definir cualquier discurso que contiene un proyecto político, sino el discurso político que propone un cambio radical cuyo resultado será una formación social que dé mejor vida y mayor felicidad a la comunidad en su totalidad o a una parte de ella (Gustafsson 2008). La fuerza de interpelación de este tipo de discurso radicaría, pues, en su capacidad de articular el descontento con el estado de las cosas, con la imaginación y deseo de un mundo mejor, el cual ha de ser –y ahí radica una de las dificultades principales del discurso utópico– radicalmente distinto a la vez que creíble. Es un discurso que se basa en la esperanza y el deseo de cambio. Por esta razón el discurso utópico se relaciona más frecuentemente con proyectos de la izquierda, pero no debe descartarse su presencia en discurso de derecha.

El discurso utópico tiene algunas otras particularidades que merecen comentarse brevemente. Como describe una

sociedad deseada y no habida, tiende hacia el *conato*, o sea hacia lo que aún no se ha producido y está por producirse, a diferencia del discurso narrativo, que interpreta eventos que se dan por hechos. Este elemento intrínseco agrega otra dificultad: el discurso utópico tiene su fuerza en la *imaginación* de un mundo mejor y, también en su capacidad de relacionar este mundo imaginado con una *crítica* del orden existente. Pero a la hora de instalarse en el poder, el discurso utópico se enfrentará a dos tipos de dificultades. La primera consiste en las consecuencias de la inevitable dilación del proyecto y sus bondades. La segunda dificultad del discurso utópico instalado en el poder llegará cuando el proceso de cambio iniciado empiece a dar resultados y haya que convencer de que la utopía ya no es solamente imaginación y esperanza, sino parte de la realidad cotidiana de los ciudadanos. Es mucho más difícil sostener que el mundo que se tiene y se vive a diario corresponde a un mundo imaginado como el mejor posible, que dar la promesa de un mundo por venir. Este tema se verá en la discusión del caso de Cuba.

En relación con estas características particulares del discurso político utópico resulta interesante la propuesta de Aínsa (2006:36), para quien el valor del discurso utópico queda, justamente, en su capacidad de ‘detectar’ las correcciones necesarias del orden existente. La utopía, para Aínsa, implica ‘alternativa’ y ‘ruptura’ y la ‘intención utópica’ consistiría en ‘detectar las correcciones necesitadas en determinado orden social’. Al mismo tiempo Aínsa aboga por un pensamiento utópico que dé ‘el salto’ hacia la diversidad, lo mestizo y lo intercultural. La visión de Aínsa contiene, al menos potencialmente, una dimensión de crítica frente a prácticas utópicas que se basan en la idea de una visión cerrada, esencialista o reduccionista de la identidad. Al respecto deseo agregar dos comentarios. Primero que el discurso político utópico está –como todo discurso político– normalmente ligado a un discurso de identidad, de forma más o menos explícita: el proyecto o la utopía se plantea como meta para una comunidad. Tal comunidad por lo general preexiste a la utopía formulada, de modo que ésta se plantee como meta para una nación o una comunidad étnica (u otra) ya definida.

Pero también puede darse en el sentido distinto de una utopía abierta para todo el que desee ser parte de ella. Si bien esta

variante no es muy frecuente en el campo de la política, si se da con frecuencia una combinación de ambas variantes: la utopía se plantea como meta para una comunidad definida, pero los que no estén de acuerdo pueden verse excluidos, no solamente de la utopía sino, a veces, también de la comunidad (Gustafsson 2009). Esta problemática es esencial en el caso de Cuba, pero está cobrando importancia también en Bolivia, Ecuador y Venezuela, donde los conflictos políticos surgidos en torno a los proyectos utópicos dan lugar a nuevos mecanismos de exclusión o dan nuevo sentido a los mecanismos existentes. Esto también significa que el estudio de las relaciones entre discurso utópico y discurso identitario reviste un interés que va más allá de lo teórico: las fronteras de la utopía constituyen unos mecanismos de exclusión (e inclusión, por ende) que amenazan los principios u objetivos mismos de la utopía. En la parte empírica de este trabajo se discutirá cómo estas „fronteras de la utopía’ limitan o pueden limitar las posibilidades de convertir el proyecto utópico en unas prácticas políticas viables.

La utopía en América Latina

La llamada „invención de América’ (O’Gorman 1995), entendida como la construcción de un discurso, pero también de prácticas sociales, ha sido acompañada por un pensamiento utópico originado en Europa, pero que se va enriqueciendo y evolucionando en un diálogo complejo de imaginarios y prácticas sociales que se viene creando desde el primer „encuentro de dos mundos’ (Balslev, Gustafsson & Velázquez 2009, Introducción; Gustafsson 1999; Gil 1989). Este diálogo de textos, imaginarios y prácticas llega a tener consecuencias importantes tanto para América Latina como para Europa e, incluso puede sostenerse la tesis de que el pensamiento utópico en torno a América (Latina) ha contribuido al pensamiento social y político de la modernidad (Cro 1990; Gustafsson 1999; Balslev, Gustafsson & Velázquez 2009).

El estudio de la genealogía del pensamiento utópico en torno a América Latina excede, obviamente, los límites de este trabajo, por lo que intentaré tan solo mencionar unos hitos importantes. El primer momento de la construcción de un discurso utópico se relaciona con los primeros encuentros y las primeras

crónicas y relatos, incluyendo (e inspirados en) los diarios colombinos y crónicas de Vespuccio. En esta primera visión de un mundo nuevo y virgen entra el mito del buen salvaje, el poblador natural de este mundo (Cro 1990; Gustafsson 1999). Estas crónicas son fuente de inspiración principal para el texto que daría nombre al pensamiento utópico, es decir „Utopia’ de Thomas Moore, libro que a su vez es fuente de inspiración para el continuo proceso de creación de imaginarios y prácticas americanos, como los hospitales pueblo ideados por Vasco de Quiroga, el primer obispo de Michoacán y, más tarde, las misiones jesuíticas en Sudamérica, uno de los experimentos utópicos de mayor envergadura de la historia (Fernández Herrero 1992), al menos hasta el siglo XX.

En estas prácticas e imaginarios tiende a predominar un pensamiento europeo o eurocentrista: la utopía corresponde a una visión de la otredad —el mundo nuevo— como la respuesta a una falta europea. La utopía es posible en el otro y nuevo mundo porque éste aún está en ciernes, porque aún vive en una inocencia infantil y porque aún no se ha corrompido como lo está Europa. Tal visión está muy clara en otro texto utópico esencial del siglo XVI, „De los caníbales’, de Michel de Montaigne. En este ensayo se establece una clarísima e íntima relación entre utopía y alteridad. La visión del Otro y lo otro permite la constitución de un discurso crítico sobre el „nosotros’ (europeo) y este discurso incurre en una suerte de antropofagia textual: el texto ha ingerido al Otro „real’ para (re)presentarlo en forma ideologizada, como un mito cuyo fin es constituir un discurso renovado sobre lo propio (Gustafsson 2000). A su vez, este discurso influirá más tarde en el pensamiento político de la modernidad (Cro 1990). A la vez, la imagen idealizada y utopista de este hombre „nuevo’ de un mundo nuevo no solamente serviría para constituir un discurso político autocrítico en Europa, pues esta misma imagen se traduciría, como ya mencionado, en una serie de prácticas políticas, económicas y sociales destinadas a convertir en realidad palpable la idea de un mundo utópico.

Pero si bien es cierto que la visión utópica del Nuevo Mundo presenta una genealogía europea y eurocéntrica, también lo es que ya desde la época colonial se manifiestan elementos de pensamiento político utópico en discursos y prácticas que podrían llamarse alternativos o subversivos, incluyendo textos

como ‚La nueva crónica y buen gobierno‘ de Guamán Poma de Ayala y (sobre todo), movimientos rebeldes como el de Tupac Amaru y otros en la región andina, así como rebeliones indígenas, palenques de negros u otros espacios alternativos durante la colonia o en el siglo XIX. Sin entrar en detalles o análisis específicos, creo admisible la idea de que estos movimientos y acontecimientos forman parte de lo que podríamos llamar el ‚proceso de la utopía política‘ en América Latina, tanto por los elementos de imaginario utópico que contribuyen a su formación como por el significado que tendrán en los discursos utópicos posteriores. En otras palabras, el imaginario utópico ya existente en América contribuye a las ideas y prácticas rebeldes y emancipatorias mencionadas y éstas, a su vez, contribuyen al imaginario y los discursos utópicos posteriores, tanto de los movimientos independentistas como, sobre todo, de movimientos de emancipación del siglo XX.

La llegada de los movimientos independentistas representa, sin duda, un hito particular en la genealogía del pensamiento utópico latinoamericano. Si bien es cierto que hay un elemento de continuidad en el sentido de que la idea de América (Latina) como sujeto y objeto de discurso y práctica utópicos, también lo es que los imaginarios hegemónicos o dominantes de los movimientos independentistas constituyen una ruptura frente al imaginario colonial: la utopía dominante será la liberal y moderna de una nación basada en la unión de ciudadanos libres e iguales. El éxito de esta utopía lo constituye un imaginario social dominante basado en una idea del sujeto individual, libre y único. Su fracaso, la continuidad de una realidad social de desigualdades colectivas, basadas –al menos parcialmente– en estructuras de dominación política, económica y simbólica coloniales. Esta ruptura entre imaginario y realidad constituirá un reto principal al pensamiento emancipador y utópico latinoamericano de los últimos doscientos años e implica la posibilidad de interpretar la independencia de diferentes formas en las narrativas identitarias y políticas de las utopías actuales, según se discutirá abajo con punto de partida en los ejemplos del discurso neobolivariano venezolano y del partido MAS, de Bolivia.

El siglo XX verá varias corrientes de discurso político utópico, de las cuales mencionaré las tres que han tenido –y siguen teniendo– mayor impacto en las prácticas y discursos políticos: una corriente, o mejor varias, de corte indigenista o indianista que de una manera u otra identifican el proyecto utópico con el pensamiento y formación social de los pueblos originarios. Desde los ensayos de Mariátegui al discurso político del MAS en Bolivia, para dar tan solo dos ejemplos, vemos cómo un discurso de utópico de emancipación social que se proyecta hacia el futuro se combina con una narrativa identitaria que toma su punto de partida en los pueblos originarios. Otra corriente combina la idea de emancipación social con la visión de una América Latina unida. Esta idea, si bien presente en Bolívar, Martí y otros pensadores decimonónicos, cobra mayor fuerza en el siglo XX, tanto en el radicalismo de Haya de la Torre como en las ideas socialistas guevarianas para continuar, hacia el fin del siglo y al principio del XXI, en el neobolivarianismo venezolano. Tanto una como otra corriente se caracterizan por ser contribuciones latinoamericanas originales al pensamiento utópico del siglo XX. Una tercera corriente de pensamiento utópico del siglo XX la comparte el continente con gran parte del globo: la idea de la justicia social, sobre todo en las versiones del socialismo y el comunismo en sus distintas facetas, que serán elementos esenciales de la utopía política durante gran parte del siglo XX y sobre todo en las décadas de los 60 y 70, para luego retornar en nuevas versiones hacia el fin del siglo y en la presente década.

Como se ha mencionado anteriormente, estas tres corrientes de pensamiento utópico han sido las que mayor influencia han tenido en los discursos políticos del siglo XX y también las que han sido recuperadas para el nuevo ‘giro a la izquierda’ de la presente década¹. Al insistir en estas tres manifestaciones utópicas es igualmente importante recalcar, aunque obvio, que no necesariamente una corriente se manifiesta de forma aislada, pues más de una puede estar presente en un proyecto o discurso político utópico específico, aunque tal tendencia

¹ Desde luego sería relevante discutir otras corrientes como por ejemplo la teología de la liberación, una de las contribuciones latinoamericanas más importantes al pensamiento utópico del siglo XX, pero su presencia en los discursos políticos ha sido menos constante e impactante que la de las tres corrientes antes mencionadas que se incluyen en esta discusión.

parece tener mayor incidencia en los discursos utópicos del siglo XXI que en los del siglo XX.

Utopía y nación en la izquierda de hoy – los casos de Bolivia y Venezuela

Según se propone al principio de este artículo, el actual ‚giro a la izquierda‘ en la política latinoamericana significa una recuperación del pensamiento e imaginario utópicos, sobre todo en las vertientes más radicales de la izquierda actual. En esta recuperación se manifiestan –en mayor o menor medida y según el discurso concreto– las tres corrientes utópicas principales del siglo XX. Si bien predomina una fórmula socialista como denominador general, tanto el indianismo como el bolivarianismo tienen importantes manifestaciones y, en los dos procesos político-utópicos más radicales y emblemáticos del momento actual, los de Bolivia y Venezuela respectivamente, es la articulación de socialismo con indianismo, en el caso de Bolivia, y con bolivarianismo, en el de Venezuela, lo que constituye un punto nodal principal del discurso político utópico.

Al mismo tiempo, los discursos de la izquierda recuperan a la nación como objeto y sujeto fundamental del proyecto político utópico. Ello, en los casos de Venezuela y Bolivia, podría parecer una contradicción o falta de coherencia discursiva, ya que tanto la idea bolivariana de unidad continental como la de la identidad de pueblos originarios se salen del marco de las naciones constituidas con la independencia. Desde luego, el discurso y el proyecto utópicos no lo perciben así: lo interesante es que justamente la existencia de un elemento ‚extranacional‘ da al discurso político utópico una dimensión de originalidad y radicalismo que no tenían los discursos de la izquierda tradicional en América Latina. El ‚socialismo del siglo XXI‘ de Hugo Chávez combina el discurso nacional popular con la idea de una identidad latinoamericana y, en Bolivia, el Movimiento al Socialismo del presidente Morales sostiene un discurso utópico-identitario y un proyecto político cuyo objetivo es ‚refundar‘ la nación, acabando con la nación colonial. De este modo, ambos proyectos y discursos se diferencian de los modelos principales del siglo XX.

Los discursos de Morales y de Chávez se asemejan, pues, en combinar el proyecto de justicia social a nivel nacional con otro elemento heredado de la tradición utópica latinoamericana. Al mismo tiempo, estos elementos diferencian a los dos discursos, sobre todo con respecto a su visión del momento de la independencia que, en la narrativa de Chávez, constituye un momento crucial y un evento lleno de significado positivo, mientras que para Morales representa la continuidad colonial. En el discurso de Chávez y su movimiento, la lucha de Bolívar y su pensamiento representan una culminación y punto de partida que han de recuperarse para la nación –Venezuela– y para la región, o sea Latinoamérica. También en el discurso de Evo Morales y su movimiento y gobierno hay un momento histórico que representa un origen de positividad que ha de recuperarse, pero este momento no se remonta a doscientos, sino a quinientos años, a la época anterior a la conquista y colonización. En ambos discursos se representa un período de degeneración y abusos y de luchas frustradas y, en ambos este proceso de degeneración histórica parece culminar con el dominio neoliberal de los 90 (y de principios de la presente década en el caso de Bolivia), pero se diferencian, pues, en su valoración de la independencia.

Esta diferencia aparentemente no constituiría sino un detalle poco significativo en dos esquemas narrativos de carácter político-identitario que, por otra parte, tienden a identificarse y a llevar a prácticas políticas y económicas semejantes. Y efectivamente no parece haber diferencias ideológicas o políticas de importancia entre los movimientos que están en el poder hoy en Venezuela y Bolivia. Sin embargo queda evidente que los dos discursos y las dos interpretaciones de la historia de América Latina no son completamente compatibles. Difícilmente pudiera aplicarse la narrativa identitaria de Chávez en Bolivia ni la de Morales en Venezuela. A esto puede objetarse, obviamente, que se trata de dos narrativas (y realidades) nacionales distintas, lo cual no deja de ser cierto, pero tampoco deja de serlo, como ya se ha señalado, que ambos discursos se proyectan más allá de las fronteras nacionales, hacia una identidad y proyecto latinoamericanos. Y en este contexto, la diferencia entre un discurso y otro podría apuntar hacia dos utopías –y dos proyectos– bien diferentes: una guiada por señas de identidad criollas que vería en la revolución criolla –o sea, las luchas por la independencia– el

momento de inicio y plenitud a recuperar, y otra, que vería en las revoluciones criollas la continuidad y reafirmación de los mecanismos de exclusión, represión y explotación políticas, económicas y simbólicas de la colonia. Mientras las utopías actuales se proyecten en la práctica hacia las realidades nacionales, tal como parece ser el caso, esta diferencia no constituye, como se ha visto, una brecha insuperable, pero en el caso de que el potencial regional y latinoamericanista de una y otra utopía empezase a realizarse, podrían surgir nuevos antagonismos a nivel regional. En Bolivia, así como en algunas otras naciones de gran porcentaje de población indígena, los antagonismos políticos, étnicos y de clase tienden a manifestarse según una sola frontera; al menos así se percibe la situación en los conflictos políticos actuales. Pero a nivel regional las líneas divisorias de clase, de pobreza y riqueza y de raza y etnia resultan más complejas y borrosas por lo que sería mucho más difícil llevar a cabo el proyecto de MAS como proyecto latinoamericano. El proyecto bolivariano de Chávez, por otra parte, al no tomar suficientemente en cuenta la problemática étnica –y sobre todo la herencia colonial– carecería de una dimensión emancipatoria fundamental para gran parte del continente.

Como conclusión preliminar de esta breve discusión de unos elementos principales de la narrativa identitaria y utópica de los proyectos de la izquierda en Bolivia y Venezuela puede afirmarse que, si bien parece haber coincidencia discursiva e ideológica entre las diferentes manifestaciones de la izquierda radical en el poder en el continente latinoamericano, también hay diferencias que, si bien no se traducen en conflictos políticos, en algún momento podrían llegar a tener importancia, suponiendo que las intenciones y el potencial transnacional y continental vaya evolucionando con la misma fuerza que los proyectos nacionales. Las dificultades y amenazas más inmediatas que experimentan los proyectos y discursos utópicos en cuestión, sin embargo, son otras, y para discutir las deseo incluir la perspectiva que brinda el caso cubano.

Cuba ¿un caso paradigmático?

En la introducción, se han propuesto los motivos básicos por los cuales despierta renovado interés el estudio del caso de

Cuba como ejemplo paradigmático de la utopía política en América Latina. Recapitulemos: primero, pese al desgaste político y económico del régimen cubano, su carácter evidentemente nacionalista llama a un análisis de este fenómeno que se salga de los tópicos de ‚régimen obsoleto‘, ‚comunista‘ o ‚supervivencia de la guerra fría‘. Segundo, el gobierno cubano goza de reconocimiento general en América Latina y tiene relaciones diplomáticas, políticas y comerciales con toda la región, que además presiona a los EE.UU. para que desmantelen el embargo, o bloqueo, con que pretende aislar a la isla desde hace aproximadamente cincuenta años. Tercero, y lo que es más importante, pese a las diferencias en el contexto histórico y en la formulación de los discursos políticos, hay elementos importantes de coincidencia entre la utopía política nacional-revolucionaria que mantiene el poder en Cuba desde hace más de cincuenta años y las propuestas de la nueva izquierda poderosa, particularmente en Sudamérica. Sin pretender en absoluto que la izquierda radical que ha surgido y ha logrado imponerse en Bolivia, Ecuador y Venezuela sea una copia del modelo cubano, sí puede decirse que las prácticas políticas, económicas y, sobre todo, discursivas de éste quedan como referencia, y no solo positiva, para aquellos. Por estas razones, en lo que sigue se discutirán brevemente algunos elementos de las prácticas discursivas y de poder cubanos que tienen relación con el tema de la utopía y que podrían tener interés para un análisis de las nuevas utopías políticas del continente.

A raíz de estos argumentos, deseo primero intentar una caracterización de unos elementos básicos del discurso que se mantiene en el poder en Cuba desde 1959. Dos signos han sido fundamentales en este discurso: ‚nación‘ y ‚revolución‘. Ambas aparecen como sujetos y objetos principales en una multitud de campos discursivos como medios de comunicación, organizaciones de masa, discursos oficiales etc. En un discurso nacional y nacionalista la regla es que ‚la nación‘ aparezca como objeto de discursos y acciones de todo tipo, a la vez que *sujeto*, en el sentido de que se manifiesta como actor autónomo y principal del discurso, muchas veces con el significante ‚nosotros‘, cuya deixis inauténtica (Gustafsson 2005) constituye a la vez un mecanismo de interpelación: al oír este ‚nosotros‘ identitario (nacional o de otro tipo), el individuo se ve forzado a identificarse con el

discurso de identidad que lo interpela con este ‚nosotros‘, diciéndole: ‚tú estás incluido, quieras o no‘. Al agregar a este elemento otro más, se le da al significante vacío (Laclau y Mouffe 1985; Laclau 2005:69-71) de ‚nación‘ un elemento de definición, que en el caso de Cuba es, desde 1959, ‚Revolución‘ (con mayúscula). Esta combinación de ‚nación‘ con ‚(la) Revolución‘ constituye, según mi hipótesis, el punto nodal del discurso que mantiene el poder en Cuba desde 1959 y que, por lo tanto, denominaré el discurso ‚nacional-revolucionario‘. Mucho más que el significante ‚socialismo‘ –por muy importante que éste haya sido y sea– es ‚Revolución‘ el significante que le ha dado sentido y sigue dándolo al de ‚nación‘ (o ‚patria‘, ‚Cuba‘ etc.). Como hemos mencionado, en términos de Laclau ‚nación‘ es un significante vacío. ‚Revolución‘ también lo es y, también puede considerarse un significante flotante (Laclau 2005:129 ff), que primero es instituido como elemento que se articula indesligablemente con el de ‚nación‘ y, segundo, permite una serie siempre fluctuante o flotante de sentidos, como por ejemplo ‚trabajo‘, ‚honradez‘, ‚sacrificio‘ u ‚honestidad‘, que sin embargo siempre remitirán en última instancia al punto nodal que articula ‚Revolución‘ con ‚nación‘. En otras palabras, hay una forma ‚verdadera‘ de ser cubano y es ser revolucionario, y ser ‚revolucionario‘ es ser ‚cubano verdadero‘. Los términos se remiten uno a otro indistintamente de los significados concretos que se les apliquen.

El definir al término ‚Revolución‘ como significante vacío o flotante es una operación puramente teórica, desde luego, que en absoluto implica algún tipo de valoración política o ética de las prácticas políticas o económicas del poder en Cuba. Lo que sí implica es que el término ‚Revolución‘, con sus promesas de cambio y mejora radicales, equivale a lo que arriba se ha definido como ‚utopía‘ en el discurso político. En otras palabras, si bien ‚Revolución‘ puede incluir ‚socialismo‘ en el sentido de una serie de prácticas político-económicas definidas (como por ejemplo propiedad estatal de los medios de producción o sistema monetario doble), su significado (flotante, por cierto) corresponde al de ‚utopía‘, o sea un discurso que conecta con el sistema (discursivo) identitario y con el político, dándole un proyecto y razón de ser a la comunidad en cuestión. La consecuencia de esta argumentación será que se podrá definir el tipo de discurso del poder cubano como ‚nacional-utópico‘, lo

cual diferencia a este discurso de discurso „nacional-popular’ (Cancino 2008), o „populista’ (Laclau 2005), así como de los discursos del „socialismo real’ de la Europa del Este durante las décadas de los 1950 hasta 80. Este hecho ha sido, en mi opinión, también un factor fundamental en la supervivencia del régimen revolucionario cubano, sobre todo en la década de los 90: su capacidad de desligarse del discurso y sistema socialistas cuando éstos se derrumbaran, dependería en gran medida de su capacidad de hacer que los significados de „nación’ y (sobre todo) „Revolución’ pudieran „flotar’, alejándose de los significados de „socialismo real’, „Bloque del Este’, „sistema soviético’ y parecidos, para acercarse a otros, como „patria’, „soberanía nacional’, „pueblo cubano’ y la siempre renovada „utopía’ o „Revolución’ (nacional).

Esta dimensión fundamental del discurso nacional-revolucionario (o nacional-utópico) cubano incide en los mecanismos de inclusión y exclusión que presenta dicho discurso. Al establecerse la articulación de „nación’ y „Revolución’ como punto nodal fundamental del discurso, el mecanismo de exclusión principal distingue, no tanto entre „buenos’ y „malos’ cubanos, sino entre cubanos „de verdad’, o sea los que aceptan y reproducen la idea de un vínculo indesligable entre „cubanidad’ y „Revolución’, o cubanía y utopía, y, los no cubanos o „traidores’ („escoria’, „gusanos’). El antagonismo principal constituye e interpela a un sujeto nacional y revolucionario frente a los „enemigos’ de la Revolución, que pueden serlo tanto el „imperialismo’ o el régimen estadounidense como la comunidad cubana en el exilio y, por extensión, los que no aceptan y reproducen el punto nodal principal del discurso. De este modo se establece una equivalencia entre un enemigo externo, una comunidad en el exilio –dos entidades que tradicionalmente aceptan estos términos del discurso, solo que invirtiendo los términos de valor (el „mal’ es el „castrismo’)— y, una tercera que serían esos ciudadanos que no aceptan ni el discurso revolucionario ni su reflejo anticastrista.

Desde 1959 hasta hoy, ha sido enormemente difícil articular, por no decir sostener y desarrollar, una alternativa política – llámese socialista, socialdemócrata, democrática, etc.– que no se identificara ni con la élite política de Miami ni con la de La Habana. Pese a muchos intentos y a la existencia de muchas

organizaciones y personalidades de tal tipo, ni la llamada disidencia en la isla ni los partidos alternativos en Miami u otros lugares (como Cambio Cubano de Gutiérrez Menoyo, ex-comandante de la Revolución) han logrado una influencia de peso. Si bien algunas figuras tienen cierto prestigio y espacio mediático, no logran imponerse como actores políticos de importancia. Aunque esto se debe, obviamente, a una serie de factores y prácticas que no solamente se relacionan con el fenómeno del discurso, sí cabe proponer que el discurso nacional-revolucionario ciertamente ha sido exitoso en su intento por establecer un antagonismo entre el „nosotros nacional-revolucionario’ y el „Otro’, „enemigo’ o „traidor’, entre otras cosas porque los enemigos más poderosos (las sucesivas administraciones estadounidenses desde Kennedy y las principales organizaciones del exilio) han dado por cierto este antagonismo, aunque, como ya indicado, invirtiendo los términos de valor. Al decir Fidel Castro (1976) en su Discurso a los intelectuales en 1962 que, „dentro de la Revolución, todo, y contra la Revolución, nada’ daba perfecta cuenta, no solo del antagonismo principal, sino de cómo „Revolución’ y su antagonismo eran significantes flotantes, cuyos significados podían, y pueden, modificarse y agregar o quitar elementos a las cadenas de equivalencia.

Al respecto merece la pena mencionar la memorable película “Fresa y Chocolate” (Tomás Gutiérrez Alea, Cuba, 1993), que trata justamente de las consecuencias de estos mecanismos de exclusión y de significantes flotantes: Diego, que es intelectual crítico y homosexual, pero no antirrevolucionario, y a la vez nacionalista, no logra que su visión de una Cuba más tolerante y culturalmente dinámica encuentre un espacio frente al antagonismo del discurso hegemónico. Si bien es cierto que se produce una „reconciliación’ por la amistad y comprensión entre Diego y el otro protagonista, el joven revolucionario David, comunista convencido, también lo es que Diego, hacia el final, es excluido y queda fuera, no solo del juego discursivo, sino del propio espacio nacional, al verse forzado a optar por el asilo. Este caso tomado del mundo de la ficción ejemplifica excelentemente el dilema del sujeto: el mecanismo de interpelación solamente acepta un „sí’ (o „dentro’) o bien un „no’ (y „fuera’) a la cadena de significados equivalentes del discurso, en este caso, revolucionario convencido, buen cubano, heterosexual, versus crítico, homosexual, contrarrevolucionario.

Al tratar de situarse Diego en un espacio alternativo es empujado al final hacia el ‚no‘, o sea el ‚fuera‘ incluso en el sentido de que abandona el país. Pero este dilema no pertenece solamente al sujeto individualizado, sino que también le pertenece al discurso mismo y su posibilidad de supervivencia. Por su tendencia a la reproducción de los mismos significantes vacíos y cadenas de equivalencia se produce un inevitable desgaste del discurso que en última instancia puede ser una amenaza tan fuerte, o más, que una oposición política articulada.

Como ya he propuesto, el peligro de desgaste puede ser particularmente crítico para el discurso utópico-político instalado en el poder. Por un lado debe interpelar al ciudadano convenciéndolo de que está viviendo en la mejor sociedad posible (o al menos una que está en vías de serlo) y por otro, debe mantener la fuerza del discurso utópico, que justamente radica en la esperanza y fe en un futuro mejor y en lo que está por realizarse. Si el discurso utópico cubano, como discutido arriba, ha logrado articular nación y utopía (‚Revolución‘) en un punto nodal fundamental, también ha intentado una solución doble a las dificultades del discurso utópico en el poder. Por un lado se presenta a la Revolución como momento y culminación de las aspiraciones de la nación cubana desde siglos (Leclercq 2004) –la ‚Victoria de la Revolución– y por otro como un proceso permanente que llevará inevitablemente, pero con esfuerzo y sacrificio constantes y enormes, a la sociedad deseada, a la utopía prometida. Así, la Revolución se presenta como real y palpable y con una serie de logros materiales concretos a la vez que su verdadero contenido no se deja reducir a la baja mortalidad infantil o a la justicia social, sino a algo menos claramente definido, a su íntima e inseparable relación con la nación, a ese significativo vacío que por serlo, significa todo. La Revolución es la lucha constante por defenderla y por mejorarla, lucha que se basa en la fe en que la utopía prometida está por llegar. Todo logro, toda victoria, todo trabajo bien realizado y todo sujeto cubano ‚verdadero‘ son eslabones que se encadenan en este proceso teleológico. Hasta el problema de la calidad del pan en las panaderías habaneras es parte de esta ‚lucha‘ del proceso revolucionario².

²² Durante una visita a La Habana en 2006, tuve la ocasión de ver un programa noticioso en el que se presentó el problema de la calidad del pan en términos

De este modo la utopía se manifiesta en el discurso como un logro real a la vez que su realización plena está siempre postergada.

La existencia de estos dos puntos nodales, o sea ‚nación- Revolución’ y ‚utopía lograda-utopía postergada’, ha contribuido a crear un discurso que tiene gran fuerza de interpelación y convicción. A esto hay que agregar, desde luego, una serie de mecanismos externos al discurso mismo, pero importantes para su posición hegemónica, como lo es el control de los medios de comunicación e incluso de gran parte de la comunicación informal (al organizar a la población en las organizaciones de masa). La semántica del discurso nacional-revolucionario pretende una totalidad en el sentido de abarcar a la nación, a sus sujetos y ciudadanos y a la historia y destino de esta nación y de todo sujeto cubano. En gran medida, ha logrado esa totalidad y tal vez el mejor testimonio de ello es el hecho de que es muy difícil hablar de, escribir sobre, o de otro modo representar el tema de Cuba sin tener presente el tema del poder político, o sea la Revolución, ya para defenderla o para denostarla. Ahora, en el éxito de esta totalidad semántica y su enorme fuerza de interpelación, se halla también el germen de desgaste: al volverse total un discurso político que en principio sería una opción entre otras, pierde el potencial dinámico que brinda el diálogo e incluso el conflicto. Si el discurso se encierra en su propia lógica, que incluye el antagonismo establecido en el interior del discurso mismo, puede terminar excluyendo toda opción política alternativa y todo dinamismo político y discursivo. Ello, por supuesto, no impide que haya cambios políticos, pero sí dificulta que los cambios se nutran o provengan de un diálogo político de participación masiva y no solamente de actores ya colocados en el poder.

No hay duda de que el discurso nacional-revolucionario ha sido victorioso en Cuba, y no simplemente, como claman los enemigos, a base de represión. Pero el resultado final puede ser una victoria pírrica en el sentido de que el discurso, por falta de diálogo y oposición, se desgaste hasta el punto de perder credibilidad ante gran parte de la ciudadanía, que por

de ‚lucha’ y similares, de modo que se establecía una equivalencia entre este problema cotidiano y las grandes hazañas históricas de la nación.

falta de alternativas terminarán rechazando lo político como tal, no aceptando la interpelación de la propuesta nacional-revolucionaria ni la de su polo discursivo opuesto. ‘No me interesa la política’, es un tipo de comentario que entre cubanos –en la isla, en Miami o en otra parte– tiende a tener un significado particular: el sujeto prefiere eludir la interpelación del discurso político, ya sea ‘revolucionario’ o ‘antirrevolucionario’, porque no se reconoce en él, no porque discrepe ideológica o políticamente, sino porque la ausencia de alternativas deja en última instancia al discurso sin argumentos, o sin otro argumento que el ‘porque sí’. La existencia de un punto nodal decisivo basado en dos significantes vacíos/flotantes (nación-Revolución) y la ausencia de alternativas en el espacio cubano nacional y transnacional permite que el discurso pase por un ciclo que va desde la construcción de un signifiante vacío que se va llenando con significados variables y acabe otra vez en un signifiante vacío ‘vaciado’ o desvalorizado, que por falta de diálogo y alternativas no encuentre significados con que rellenar el vacío.

En términos prácticos esto se traduciría en una población menos politizada que ve lo político como algo ajeno a sus propios problemas cotidianos y a las posibles soluciones de ellos. Esto no es, por supuesto, un peligro exclusivo de Cuba, sino uno que acecha a todo discurso hegemónico (Laclau 1996). Pero tal amenaza es particularmente grave para un discurso político utópico cuyo éxito depende, justamente, de un alto nivel de politización y participación de la población. Sin esta politización y participación, la idea de una Revolución a la vez victoriosa y dinámica, de culminación histórica y al mismo tiempo dirigida a conseguir un futuro de esplendor, no podrá sostenerse. Hay signos de despolitización, no solamente en Cuba, sino en la comunidad cubana de la Florida³. Lo que preocupa al cubano común, dondequiera que esté, es sobre todo la solución de sus problemas cotidianos como la vivienda, la comida, la familia, la jubilación. Lo interesante de tal tendencia es que el desgaste del discurso nacional-revolucionario no se traduzca en un mayor apoyo al discurso antagónico, sino que al contrario, ambos discursos vayan

³ Esta hipótesis tentativa se basa en una serie de observaciones, conversaciones y entrevistas realizadas en Cuba (otoño del 2006) y en Miami (marzo de 2008), así como conversaciones con colegas y ‘laicos’, conocedores de asuntos relacionados con Cuba.

sufriendo un desgaste paralelo. La consecuencia más negativa sería que la utopía política nacional más longeva del siglo XX en América Latina, la cubana, muriera por inanición. La alternativa consiste en buscar un diálogo que permita otras y nuevas opciones y que en el contexto político regional, e incluso global, actual –con una administración mucho más pragmática en EE.UU. y una izquierda revitalizada en gran parte de Latinoamérica– parece más viable y más necesaria que nunca.

La experiencia cubana y las utopías políticas de hoy

A modo de conclusión, cabe echar un vistazo en conjunto a la experiencia cubana y las nuevas utopías políticas de América Latina y, más concretamente, los dos casos ya discutidos, Bolivia y Venezuela. Una mirada a los procesos políticos (o político-utópicos) que vienen dándose en Bolivia y Venezuela agrega nuevas perspectivas al estudio de las utopías políticas en América Latina, a la vez de que la experiencia cubana permite una perspectiva crítica contra posibles amenazas hacia estos procesos. Un elemento nuevo de importancia principal es el hecho de que ha sido posible iniciar procesos de reformas profundas a partir de una llegada al poder producida pacíficamente y a raíz, en menor o mayor medida, de un tipo de movimiento social y discurso político nuevos (Velázquez 2009). Donde en los 60 y 70 para la mayor parte de la izquierda el poder de los votos parecía apenas una anécdota insignificante en el camino hacia el poder, hoy en día es meta principal. Otro elemento igualmente importante es que la utopía política ya no se define sola o principalmente como una redistribución económica a partir de un modelo socialista tradicional.

Los procesos constitucionales y de refundación nacional de Ecuador, Venezuela y (sobre todo) Bolivia muestran la intención de pensar la nación, lo político y lo social en otros términos y con otras soluciones, muchas de las cuales parecen no haberse definido aún. Esto y muchos otros elementos cuya discusión no cabe aquí, apuntan hacia una redefinición de la utopía política en el continente, una redefinición que insinúa la posibilidad de pensar la nación y su espacio de modos nuevos,

incluyendo un pensamiento de diversidad, mestizaje e interculturalidad (parafraseando a Aínsa, cf. Arriba).

Al mismo tiempo queda claro que los conflictos originados a raíz de estos procesos políticos vuelven a poner en la agenda la amenaza de una utopía basada en un poder sin diálogo, y no solamente en el caso de que los movimientos utópicos se mantengan en el poder, ya que el nivel de polarización existente en Bolivia y Venezuela (y, potencialmente en otras naciones) se ha generado desde antes de que los movimientos utópicos llegasen al poder, se ha endurecido violentamente con la toma del poder de éstos y, todo parece indicar que el enfrentamiento continuaría en el caso de que la oposición volviera al poder. La intentona golpista de la oposición venezolana en 2002 (diez años después del intento de golpe de Chávez) y la prolongada amenaza de guerra civil y tensión violenta en Bolivia son tan solo algunos síntomas de esta situación. El antagonismo irreconciliable del caso de la Revolución cubana frecuente-mente se explica por el contexto de guerra fría en que se produjo y evolucionó. La guerra fría está superada en el siglo XXI, pero los discursos y la retórica, así como algunas prácticas violentas, empleados en los conflictos de Bolivia y Venezuela no dejan de parecerse a aquellos utilizados durante el gobierno de Allende en Chile o a principios de los 60 en Cuba. Hay, por supuesto, una serie de explicaciones de estas situaciones que, cada cual dentro de su paradigma, dan cuenta satisfactoria de antagonismos económicos, étnicos, políticos y otros. Sin embargo, el modelo teórico aquí presentado, basado en la teoría del discurso y en los presupuestos sobre el discurso político utópico presentados arriba, permite formular una pregunta fundamental, desde esa posición teórica, pero también desde la perspectiva práctica de un análisis de la utopía política en América Latina hoy, superada la guerra fría y a doscientos años de los movimientos de formación de estados nacionales: ¿será posible llevar a cabo un proceso político-económico y simbólico/discursivo de cambios radicales y necesarios –como lo es, por ejemplo, la reivindicación de la posición y los derechos de los pueblos originarios como sujetos colectivos e individuales o la demanda de una verdadera política de redistribución de recursos– que no termine en un conflicto irremediamente antagónico que no permita ni el diálogo ni la presencia de alternativas que no se identifiquen con una u otra posición antagónica?

La respuesta no se hallará, claro está, en la discusión teórica sino en las prácticas políticas, incluyendo las discursivas y simbólicas, que permitan la evolución de los procesos políticos actuales de América Latina. Más que una utopía naif, parece una necesidad imperiosa hacerse esta pregunta. A la luz de las desigualdades económicas, la pobreza, la herencia socioeconómica colonial y la incapacidad de brindar soluciones de modelos anteriores, el neoliberal incluido, la utopía política de hoy ha de superar los discursos dicotómicos del siglo XX y ha de brindar, no tanto un modelo definido de una vez por todas, sino la posibilidad de ir criticando, enmendando y dialogando a partir de un reconocimiento de la diversidad, la interculturalidad y la certeza de que las fronteras políticas, económicas y simbólicas (incluyendo las de raza y etnia) no están definidas de una vez por todas.

Referencias

- Aínsa**, Fernando (2006) The Destiny of Utopia as an Intercultural and Mestizo Phenomenon. *Diogenes* 53; 31 (versión electrónica: <http://sagepub.com>)
- Althusser**, Louis (1969) *Ideología y aparatos ideológicos de Estado, Freud y Lacan*. Universidad de Buenos Aires: <http://catedras.fsoc.uba.ar/rubinich/biblioteca/web/aalthu.html> [abril de 2005].
- Balslev**, Helene, Jan **Gustafsson** & Mario **Velázquez** (2009) "La utopía y las Américas – escombros para una arqueología permanente" (Introducción) In *Utopía y globalización en América Latina*, eds. Balslev, Helene, Jan Gustafsson y Mario Velázquez. Hermosillo: Colegio de Sonora.
- Cancino**, Hugo (2008) La reemergencia del discurso nacional-popular en la nueva izquierda latinoamericana. Para una discusión de los discursos nacional-populares. *Diálogos Latinoamericanos* 13.
- Castro**, Fidel (1976) *Obras escogidas de Fidel Castro I-II*. Madrid: Fundamentos.
- Cro**, Stelio (1990) *The Noble Savage. Allegory of Freedom*. Ontario: W. Laurier University Press.
- Fernández Herrero**, Beatriz (1992) *La utopía de América*. Madrid. Anthropos.
- Gil**, Juan (1989) *Utopías del descubrimiento*. Vol. I-III. Madrid: Alianza.
- Gustafsson**, Jan (1999) *El salvaje y nosotros. Signos del latinoamericano. Una hermenéutica del Otro*. Copenhagen: Copenhagen Working Papers.
- Gustafsson**, Jan (2000) El discurso antropófago. *Relaciones* 195.

- Gustafsson**, Jan (2005) "Mellem jegets tomhed og diskursens ubærlige tyngde. Subjektivitet og interpellation i "Minder fra underudviklingen"". In *Subjektivitet, sprog og erfaring i en transkulturel kontekst – Otte bud på en socialhumanistisk forskning*, eds. Degn, Inge, Jan Gustafsson y KenHenriksen. Aalborg: Aalborg Universitetsforlag.
- Gustafsson**, Jan (2008) Lo nacional y lo utópico como recursos identitarios. *Diálogos Latinoamericanos* 13.
- Gustafsson**, Jan (2009) "Tiempo, espacio, comunidad – fronteras, identidad y utopía en el Proyecto Intercultural Tawantinsuyu". In *Utopías y globalización en América Latina*, eds. Balslev, Helene, Jan Gustafsson y Mario Velázquez. Hermosillo: Colegio de Sonora.
- Laclau**, Ernesto (1996) Why do Empty Signifiers Matter to Politics? In Ernesto Laclau: *Emancipation(s)*, Londres: Verso.
- Laclau**, Ernesto (2005) *On Populist Reason*, Londres: Verso.
- Laclau**, Ernesto & Chantal **Mouffe** (1985) *Hegemony and Socialist Strategy*. Londres: Verso.
- Leclercq**, Cécile (2004) *El lagarto en busca de una identidad*. Madrid: Verwuert Iberoamericana.
- O’Gorman**, Edmundo (1995) *La invención de América*. México D.F.: Siglo XXI.
- Ricoeur**, Paul (1994) *Relato: historia y ficción*. Zacatecas: Dosfilos Editores.
- Velázquez**, Mario (2009) "Utopías y movimientos sociales en Latinoamérica". In *Utopías y globalización en América Latina*, eds. Balslev, Helene, Jan Gustafsson y Mario Velázquez. Hermosillo: Colegio de Sonora.
- Wodak**, Ruth et al. (1999) *The Discursive Construction of National Identity*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Zizek**, Slavoj (1992) *El sublime objeto de la ideología*. México D.F.: Siglo XXI.